

1999

Si contra nuestras penas hay esperanza México 1986 - México 1996

Luis Eyzaguirre

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Eyzaguirre, Luis (Primavera-Otoño 1999) "Si contra nuestras penas hay esperanza México 1986 - México 1996," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 49, Article 75.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss49/75>

This Otras Obras is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

**Si contra nuestras penas hay esperanza
México 1986 — México 1996**

Luis B. Eyzaguirre
University of Connecticut

“¿Qué tierra es ésta?”
José Emilio Pacheco

México 1986.

Es un fatigoso amanecer de un día de enero como tantos otros en la larga y azarosa historia de la ciudad de México. Arañando las espesas y porfiadas nubes, el sol ha logrado imponer un indicio de luz en la ciudad ya despierta al desafío de una nueva jornada. La incierta luz de este también incierto comienzo de 1986 acompaña a miles de mexicanos que, con la vuelta a sus labores cotidianas, parece que de nuevo se resisten a abandonar la esperanza. Su silenciosa marcha pareciera señalar su determinación de darle una nueva oportunidad a la desmedrada vida que les ha sido impuesta. Tal vez algún día su verdadero sentido les será revelado.

La historia de los habitantes de este sufrido valle de México ha sido una lucha constante por conquistar un espacio menos precario que pudiera acoger y hacer realidad los modestos sueños de millones de mexicanos. La urgencia por encontrar solución a sus muchos problemas es aún más apremiante esta mañana al observar la terrible devastación dejada por el terremoto de 1985, el más reciente de sus infortunios. Y, pese a la destrucción, como tantas otras veces, este nuevo desastre parece haber hecho despertar las dormidas esperanzas del sector de la población que más sufre.

El movimiento sísmico sacudió no sólo los edificios sino que también remeció las bases de las estructuras políticas del país. Durante las primeras horas después del pánico general, los estudiantes universitarios y las brigadas de los barrios populares se organizaron para encargarse ellos mismos de restablecer orden en la ciudad haciendo que los servicios de urgencia volvieran a funcionar. En las áreas más afectadas por el terremoto, se establecieron centros de alimentación con donaciones privadas y se organizaron escuadras civiles de salvamento. En reiteradas ocasiones fue rechazada la presencia de la policía y del ejército por grupos ciudadanos que insistían en que no se necesitaba una intervención oficial en la que ellos por lo demás no confiaban. En todo caso, añádan, los vecinos del barrio ya habían logrado controlar la situación.

Las oportunas decisiones tomadas y la serena determinación de la población de los barrios populares debe haber hecho meditar al partido único de gobierno sobre el poder que el pueblo podría conquistar si se organizara para combatir las muchas injusticias a que diariamente son sometidos. La revista *Proceso*, a grandes titulares, informó sobre la intervención popular y la interpretaba como toma de control de la ciudad por la población civil y como repudio abierto y explícito del PRI (Partido Revolucionario Institucional), hasta ese momento árbitro supremo de la vida mexicana.

La política, en sus formas más degradadas, es el gran mal de México. El discurso político en los medios de comunicación es ensordecedor tanto en el Distrito Federal como a lo largo y ancho del país. El PRI ha logrado mantener un control estricto y absoluto en las áreas que más directamente afectan las vidas de los mexicanos convirtiendo a todo México en una enorme, monstruosa y monolítica pirámide a la cual, sin embargo, la abrumadora mayoría de los mexicanos aspira tener acceso. Se acepten o no los postulados del partido, es artículo de fe que ser miembro del PRI es, si no el único, por cierto el más corto y seguro camino hacia la consecución de algún tipo de futuro.

El poder del PRI sale desembozadamente a la superficie cada seis años cuando el Presidente de la República en ejercicio designa a la persona que ha de ser el candidato del partido para las elecciones próximas, determinando con ello quién le sucederá en el cargo. A este ejercicio de la voluntad del Presidente de la Nación el pueblo llama "El Dedazo", convirtiendo el acto oficial en algo más bien jocoso, aunque no cuestione la autoridad de quien lo decreta. A Miguel de la Madrid le corresponderá ejercer "el dedazo" previo a las elecciones de 1988. El terremoto de 1985 y sus consecuencias políticas pareciera sugerir que De la Madrid será el último Presidente que podrá ejercer este derecho en forma tan absoluta e inapelable. La estructura sobre la que descansa el PRI se ha resquebrajado de manera tal que todo indica que ya no será posible repararla. Y esto a pesar de que todavía gran

parte de la población no quiere correr el riesgo de ser excluida del círculo de los triunfadores. Y, más aún, el temor a una inestabilidad política y social más grave que la existente es mayor que el disgusto con que los mexicanos miran a sus líderes. Sin embargo, ya no se puede ignorar que el poder absoluto del PRI está irremediabilmente minado por más de sesenta años de gobierno, de mal gobierno, dicen muchos mexicanos.

El PRI está por cierto consciente de la animosidad y resentimiento que se han ido acumulando a lo largo de los años de su gestión de gobierno. Es así como, con metódica regularidad, pretende encubrir prácticas corruptas con gestos de apaciguamiento social. Variadas actividades culturales son asequibles al pueblo a un costo mínimo. Los parques públicos se mantienen relativamente limpios para sus usuarios habituales, las clases más modestas de la ciudad. Las líneas del metro, pese a que continúan siendo insuficientes para satisfacer las necesidades de una siempre creciente población, se han extendido hacia las afueras de la ciudad y algunas líneas se han creado. Existen planes y más planes (que no se implementan) para combatir una contaminación ambiental imposible de ignorar. También se discute con regularidad la potencialmente desastrosa inversión térmica que todos los inviernos desciende sobre la ciudad de México.

Algunas de estas medidas o gestos conciliatorios del gobierno ampliamente publicitados por la prensa oficial, han logrado hasta el momento contener las muchas tensiones sociales. Sin embargo, los males son tan serios y evidentes, y las medidas tan inadecuadas, que el fermento social ya no podrá ser frenado a menos que se encuentren soluciones efectivas a los males que afligen al país. En estos días (abril de 1987), el valor del dólar ha sobrepasado los mil pesos. El índice de inflación es más del ciento por ciento anual. En el caso de la ciudad de México, y en el plano que directamente toca la vida de sus pobladores, cerca del sesenta por ciento de los más o menos dieciocho millones de habitantes comen sólo una comida al día. Más del cincuenta por ciento tiene que vivir sin agua potable y sin facilidades sanitarias. Larga, muy larga, es la lista de problemas que esperan solución.

Estas son, por cierto, cifras y realidades abismantes que parecen haber puesto fin a lo que se pensaba que era fuente inagotable de paciencia y resignación. Los mexicanos están ahora reaccionando con una violencia en aumento que rechaza el discurso del gobierno y que exige cambios. Todas las señales indican que se cansaron de esperar. Los partidos opositores de izquierda, una vez más hablan de unirse y presentar un frente común para las próximas elecciones. Los estudiantes universitarios, por su parte, se organizan políticamente demandando sus derechos a un sistema que permita que la educación beneficie también a los sectores económicamente más necesitados. En enero de 1987, 60.000 estudiantes se congregaron en el Zócalo, frente al Palacio de Gobierno, para protestar por medidas que

afectarían en forma decisiva a un número muy considerable de entre los 400.000 estudiantes de la Universidad Nacional Autónoma de México. Se oponían en términos inequívocos al aumento repentino y drástico de los requisitos de admisión así como al alza de la matrícula que, de la cantidad nominal de diez centavos de dólar, llegaría en muchos casos a noventa dólares anuales. La cifra mencionada, que en muchos otros países parecería por lo menos tolerable, se considera inalcanzable para decenas de miles de estudiantes mexicanos. Esto puede dar una idea de la magnitud de los problemas que afligen a las clases asalariadas del país.

Y, pese a todos estos y muchos otros abrumadores problemas, el pueblo que los sufre, hoy como todos los días laborales, llena las calles de la ciudad de México, camino a sus trabajos, muy temprano en la mañana, como si ellos supieran lo que otros todavía no saben: que la última palabra sobre sus destinos no ha sido aún pronunciada. En alguna ocasión, el extraordinario novelista mexicano Juan Rulfo dijo, desesperando de que hubiera solución a tanta injusticia: “no se puede contra lo que no se puede”. Otro notable escritor mexicano de nuestros días, José Emilio Pacheco, toma otra frase de Rulfo y la hace parte de un bello poema donde se inquiera “Digan si ven la tierra que merecemos. / Si contra nuestras penas / hay esperanza”. La respuesta empieza a darla un pueblo que se niega a abandonar la esperanza de que exista alguna manera de cambiar el curso de sus destinos.

Un artículo aparecido en la prensa mexicana poco después del sismo ponía de relieve el trabajo por realizar en más o menos estos términos: con piedras rescatadas de las ruinas del terremoto de 1985, los mexicanos deben crear una ciudad nueva, un país nuevo, una vida nueva. Alentador es poder pensar que esta mañana de enero de 1986, con miles de mexicanos camino a sus ocupaciones habituales por entre las ruinas de la ciudad, representa el comienzo de un largo camino a una vida mejor.

(Versión en inglés de esta crónica apareció, con ligeras variantes, el 7 de abril de 1987 en “The Hartford Courant”, Hartford Connecticut y fue luego reproducida por “Los Angeles Times”)

México 1996.

Eso escribía yo en una crónica periodística publicada en inglés en abril de 1987 luego de una estadía en la ciudad de México en enero de 1986. Me había conmovido lo que vi y quise interpretarlo como un signo de esperanza en el acontecer mexicano. Mis conversaciones con algunas poetisas, profesores y estudiantes universitarios mexicanos, así como las impresiones compartidas en las calles de la ciudad con algunas personas que tuvieron a bien responder

a mi curiosidad, tendían a corroborar la atmósfera de cauto optimismo que se filtraba por entre los escombros a que habían quedado reducidos parte del centro de la ciudad y muchos de los barrios populares. Y fue así como de pronto, cediendo a la incitación del momento y llevado por el hilo de los recuerdos, me encontré volviendo a viajes anteriores y a la ilusión que siempre ha despertado en mí la ciudad de México desde una primera visita en 1967. Me imaginé otra vez caminando despreocupadamente las tres o cuatro horas que, sin que me diera cuenta, me llevaban por Reforma de Chapultepec al Zócalo, atraído a menudo a áreas verdes donde hermosos jardines invitaban al descanso y edificios venerables, cargados de historia, parecían acoger la presencia del ser humano. De nuevo iba, sin sobresaltos, a esa maravilla que es Teotihuacán y me perdía en sus avenidas pensando que los yerros del pasado serían rectificadas. Y retornaba a la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco, la que ahora era precisamente eso, de las Tres Culturas, superadas, por fin, tanto la tragedia que se narra en los *Cantares Mexicanos (Manuscrito de Tlatelolco, 1523)* como esa otra, más reciente de 1968, no menos sobrecogedora. México se me ofrecía, una vez más, como la esperanza de una ciudad labrada por los hombres para dar albergue a un futuro mejor.

Me traje entonces de vuelta a la realidad el recuerdo moderador de otro viajero, misterioso éste, que se esfumó en el todavía esperanzado mundo revolucionario de 1913. Ambrose Bierce, el “gringo viejo”, ahora personaje en una novela de Carlos Fuentes, buscaba lo que tantos otros, antes y después de él, han creído posible encontrar en México: un espacio “nuevo bajo el viejo sol”. Y, en pos de esa ilusión, Bierce desaparece en el aluvión revolucionario para nunca más saberse de él... Hubo otros viajes para mí después del de 1985; entre ellos el de 1991. Para entonces, el centro de la ciudad había sido abandonado a su propia suerte, desplazado como foco de la vida comercial y social por los “adelantos” impuestos por una nueva tecnología. Caminar por el centro fue ahora una aventura desoladora. Por su parte, la Plaza de las Tres Culturas en el sector de Tlatelolco (apresuradamente y a medias reconstruido) ya no inspiraba. El “paseo” a Teotihuacán, que hicimos en locomoción pública, desoyendo los consejos de un amigo, fue algo conmovedoramente impactante. Creo que nunca podré olvidar lo que vi entonces en la estación del metro en “Indios Verdes”, donde nos dejó el camión que nos había traído ya tarde de vuelta de Teotihuacán. (Tampoco puedo armarme ahora del valor necesario para recrear los detalles de ese momento). Lo cierto es que, mientras con varios cientos de otros usuarios del metro hacíamos cola para sacar los billetes de vuelta al centro, nuestro “paseo” al evocador y siempre imponente centro cultural y religioso de los teotihuacanos se transformó en un penoso y riesgoso encuentro con una muestra de la miseria a la que algunos seres humanos pueden condenar a otros seres humanos. Si los que gobiernan la

ciudad alguna vez vivieran esta experiencia, si tomaran el metro en una estación como ésta de “Indios Verdes” a la hora en que los trabajadores terminan sus faenas, es posible que algo hicieran por mejorar la situación.

¿Tendrá razón Rulfo después de todos estos años? ¿Es que, de veras, “no se puede contra lo que no se puede?” ¿Es que ya ni siquiera la ilusión de un mundo menos injusto, más humano, se puede rescatar? Entonces habría que admitir que las muchas evidencias aterradoras de la realidad que viven millones de seres humanos, ocultas tras la frialdad engañosa de las cifras, son obstáculos insuperables que hacen que se oiga cada vez más débil el llamado de los que no tienen.

Y, sin embargo...

Poco después de la crónica en cuestión, el “dedazo” de Miguel de la Madrid consagrando a Carlos Salinas de Gortari como el candidato oficial del PRI para las elecciones presidenciales de 1988 todavía pudo considerarse como confirmación del optimismo. Salinas, joven economista entrenado en los Estados Unidos, auguraba un nuevo amanecer mexicano. El nuevo líder conduciría el país a una nueva era que lo sacaría de un vapuleado “tercer mundo” para instalarlo, por fin, en ese “primer mundo” tan anhelado y esquivo. Muchos mexicanos llegaron a pensar lo hasta entonces impensable: ahora tendrían un gobernante bien preparado, con buenas intenciones y con los planes adecuados para llevarlas a cabo.

La primera fase de la gestión de Salinas contó con la aprobación de muchos entusiastas partidarios. Se aplaudía el dinamismo con el que, en corto plazo, se privatizaron compañías y empresas estatales mal manejadas; se empezó a pagar la deuda externa y se controló por un breve tiempo la inflación. El valor del peso se mantuvo firme y se elevó considerablemente el nivel de vida de las clases media y alta. Se prometía que la prosperidad naciente se filtraría luego hasta llegar a mejorar la vida de las clases asalariadas las que tendrían que tener un poquito más de paciencia. Se logró crear el espejismo, que por unos meses engañó también a los organismos internacionales y al gobierno de los Estados Unidos, que México se transformaba sin que se hubiera tomado ninguna medida que indicara cambio alguno en las estructura políticas del país, condición sine qua non para un desarrollo económico real y justo. La euforia y el triunfalismo iniciales, respaldados por la conquista que significaba el imponer en el mundo “desarrollado” la imagen de un “nuevo México”, hizo ignorar que recrudecía el gran mal de la sociedad mexicana (y de las otras sociedades latinoamericanas): la abismante desigualdad en la distribución de la riqueza nacional.

El “milagro económico”, sin embargo, empezó a ser descreído ya antes de que el Presidente Salinas terminara su período. Un signo de que las cosas ahora no funcionaban de acuerdo a los deseos de los gobernantes fueron los inesperados efectos del esperado “dedazo” de Salinas. El candidato

consagrado por el Presidente y por el PRI, Luis Donald Colosio, fue asesinado el 23 de marzo de 1994. Sin que se tuviera que esperar mucho, apareció un culpable (Mario Aburto) quien confesó ser autor del crimen siendo condenado a prisión mientras continuaba sosteniendo que lo había cometido solo, sin cómplices, eliminando así la posibilidad de una conspiración. Luego de apresurados conciliábulos, se tuvo que recurrir a un candidato de emergencia. El designado, Ernesto Zedillo, también tecnócrata educado en los Estados Unidos, fue elegido Presidente en 1994 en medio de airadas y violentas protestas que cuestionaban la legitimidad del proceso y de la elección misma. Para este momento, era por cierto difícil ignorar que el PRI estaba perdiendo control de la situación.

Tan pronto asumió Zedillo, se esfumaron todos los “milagros” de la Presidencia de Salinas. El peso se devaluó con dramáticas consecuencias para los asalariados; los acreedores extranjeros empiezan a exigir el pago de las deudas contraídas, alejando otra vez de México el sueño del ingreso a ese elusivo “primer mundo” de los privilegiados. Aun considerando la extraordinaria complejidad del acontecer histórico de México, sorprendió la rapidez e irrevocabilidad con que todo se desplomaba.

Ese mismo año de 1994, estalla en Chiapas una muy grave insurrección de las comunidades indígenas cansadas del abandono en el que por tan largo tiempo se las tiene. Ahora bien organizadas y con líderes conocedores del momento que vive el país, han forzado al gobierno a discutir con ellos el problema seriamente y a buscar soluciones que satisfagan sus exigencias. Como si la crisis no fuera ya muy amenazante, Zedillo tiene que encargarse también de tratar de aclarar las causas y consecuencias de otro ominoso asesinato, el del alto dirigente del PRI José Francisco Ruiz Massieu quien había propuesto en varias ocasiones reformas básicas en el partido. Raúl Salinas de Gortari, hermano del ex-presidente, es culpado de haber sido el cerebro que ordenó el asesinato y es recluído en una prisión de alta seguridad. Hace poco, mientras continúa detenido, se le acusa oficialmente de un nuevo crimen: el haber acumulado ilegalmente una fortuna de decenas de millones de dólares durante el período en que “servía” los intereses del gobierno.

Mientras este terremoto político sacude el país, el ex-Presidente Carlos Salinas de Gortari sale al exilio en desgracia sin que se sepa a ciencia cierta su domicilio actual. Su “desaparición” puede indicar la gravedad y radicalidad de la crisis política que afecta hoy a México: Salinas es el primer Presidente del PRI que deja el poder sin llegar a gozar impunemente de las riquezas mal habidas en el cargo y de los otros muchos privilegios de que todos los presidentes anteriores gozaron sin cuestionamiento serio alguno. Tan total es su caída que hasta tuvo que renunciar como candidato a la Dirección General de la Organización Mundial del Comercio, cargo que se consideraba le pertenecía, a juzgar por el apoyo internacional con el que

hasta entonces había contado. En declaraciones recientes, el escritor y científico Jorge G. Castañeda afirma haberse reunido con Salinas en un restaurante de Dublín el 6 de mayo de 1996. Apunta Castañeda: “Mi impresión es que es un hombre que se siente muy bien, con buena salud, buen humor y bien asentado en la ciudad”. Interesante sería lograr precisar las razones de su bienestar.

Hace algunos meses, el 15 de diciembre de 1995, el PRI tuvo que firmar un acuerdo con el PAN (Partido de Acción Nacional, de derecha) y con el PRD (Partido de la Revolución Democrática, de izquierda) estableciendo las reglas a que se ajustarán las elecciones del año 2.000. El pacto, entre otros acuerdos, permitirá participar a candidatos independientes que hayan conseguido firmas que correspondan al 2% de los electores legalmente registrados. El Alcalde de la ciudad de México ya no será nombrado por el Presidente de la República; será elegido por el pueblo. Se insiste reiteradamente en que habrá una transición a una “verdadera democracia”, promesa que se acepta con una buena dosis de escepticismo si se considera que un ente tal no ha logrado probar su existencia real en la vida política de país alguno hasta este momento. Tal vez, más cerca de la realidad que vivimos está lo que uno de los miembros del Instituto Electoral Federal sugiere cuando describe los cambios propuestos como equivalentes a ir de un “plumazo” (ya no un “dedazo”) de “una máquina de escribir manual al Internet”, manera muy de nuestros tiempos de medir el progreso social.

Mientras todo esto se discute, los males endémicos de México continúan azotando a los pobres. Las estadísticas más recientes indican que hoy se sufre la recesión peor del siglo. El poder adquisitivo de los asalariados ha declinado en un 30%. La contaminación ambiental alcanza hoy niveles más elevados que en 1986. Según los propios órganos oficiales mexicanos, el nivel de aceptabilidad ambiental en 1995 fue excedido en 324 días del año. Expertos mexicanos admiten que hay estado de emergencia ambiental permanente, todos los días del año.

Muchas lecciones debieran derivarse de la situación mexicana. Y, desde luego, no sólo para los mexicanos. Lecciones que tendrían que ver con la determinación de cuáles son las necesidades verdaderas más urgentes de un pueblo; con un discernimiento más humano de lo que se debe entender por democracia; con lo que implica ser habitante de un “primer” o de un “tercer” mundo. (Como nunca se habla de un “segundo” mundo, ese mundo vacante pudiera ser ocupado por los latinoamericanos). Y, por cierto, debiera dejarse muy en claro el sentido de la palabra autonomía. Una auténtica autonomía, no ésa que nace con frecuencia reveladora en momentos de pasajera euforia triunfalista porque algo o alguien le ha concedido a un país latinoamericano el “derecho” a considerarse su igual.

En 1986 la esperanza de cambio surgía de entre las ruinas causadas por un fenómeno natural: el terremoto de 1985. En este año de 1996, una nueva

esperanza emerge de una crisis que es consecuencia de años de mal gobierno por parte de líderes políticos que, a regañadientes, toman medidas de emergencia para tratar de mantener control de una situación que se les escapa. Hay ya bastante evidencia para poder pensar que el ciclo empezado con la Revolución Mexicana en el lejano año de 1910 y dirigido por el PRI, criatura de la revolución nacida en 1934, está llegando a su fin. Es posible que uno nuevo empiece que preste oído al desesperado llamado de "los de abajo". Y es todavía posible que la respuesta sea que sí, que sí "se puede", por lo menos contra algunas de las muchas injusticias. Que haya entonces, por fin, alguna respuesta afirmativa a esa tantas veces reiterada súplica: "Digan si ven la tierra que merecemos. Si contra nuestras penas hay esperanza".

Hartford, septiembre de 1996